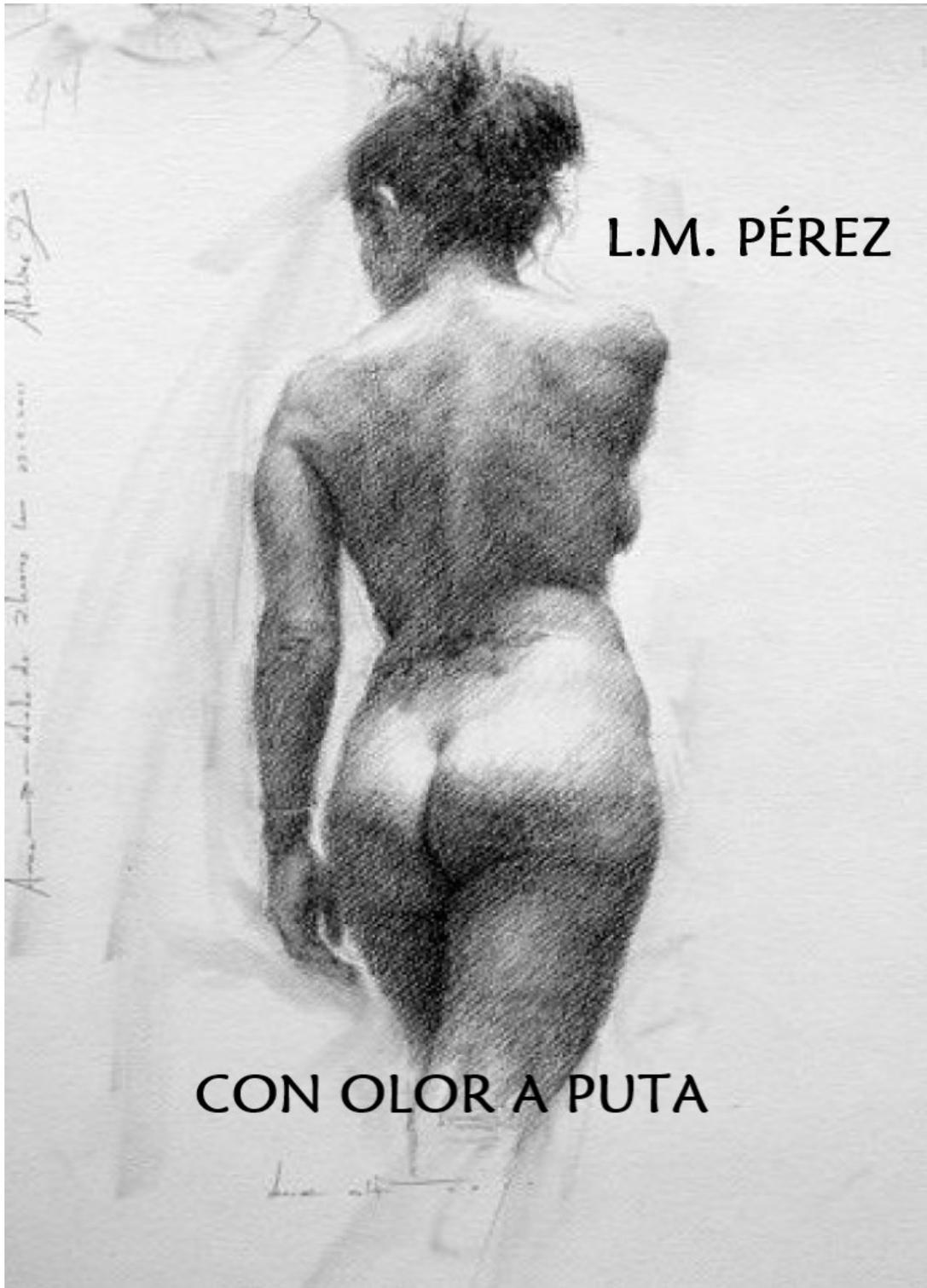


Con olor a puta

L.M. Pérez



Capítulo 1

CON OLOR A PUTA

CAPITULO I

EL INICIO

El reloj del pasillo interminable y lúgubre, de limpias baldosas blancas marcaba casi las 7 :00 pm, las luces tenues se encendían, el cansancio propio de 10 horas de trabajo se evidenciaba, ya se aproximaba la hora de regresar a casa y aún no había entrado a visitar a Amalia. Traté de escapar de ese momento, prefería irme sin dialogar con ella, pensaba que estaría triste, no debió tener un buen día después de lo expuesto por su médico oncólogo.

La médica del piso, presencié cuando el Doctor Jiménez, muy a su pesar le había informado a su paciente, que el cáncer que ella padecía era resistente a la quimioterapia. Ese "enemigo" como Amalia le llamaba, le estaba ganando la batalla, la que hacía un año había decidido enfrentar, reafirmando así, su actitud siempre desafiante ante los avatares de la vida.

Envuelta en mis dudas y pensamientos, apareció impetuosamente la necesidad de encontrarme de nuevo con mi paciente, aquella mujer irreverente, que tanto me había enseñado en los últimos meses.

Nuestras conversaciones se habían convertido en un narcótico para mí, sus vivencias me atrapaban, cada situación, cada personaje, era incorporado en el amplio espacio de mi imaginación y poco a poco construían los capítulos de la historia de una vida ajena, que me eran regalados con extrema generosidad.

Caminé hasta la habitación 205 del pabellón Emmanuel, el pabellón de los pacientes con enfermedad oncológica avanzada sin probabilidades de cura... Ese era el lugar para recibir los cuidados paliativos.

Alimentaba cada paso que daba por el extenso pasillo, con la voluntad de escucharla, asegurando la emoción y preparando mis palabras, esas que

tantas veces me ayudaban a salir airosa de situaciones complicadas, eran ahora las mismas que huían y se escondían en lo más recóndito de mis sentimientos, cubiertas con mi miedo de fallarle a una amiga moribunda y amedrentadas ante la impetuosidad de mi curiosidad.

-Amalia! Exclamé, mientras abría la puerta sin tocar.

Mi paciente estaba sentada en la mecedora que ella había mandado traer de su casa, superando todas las restricciones que existían para el ingreso de muebles a la clínica, jamás pregunté cómo lo consiguió, aunque la curiosidad siempre la tuve.

Estaba sola, observaba por la extensa ventana de un segundo piso los edificios que aparecían en frente, se encontraba inmersa en el silencio que produce el diálogo sincero con las propias emociones.

Ante mi presencia trató de incorporarse de manera que su cuerpo de curvas aventajadas, pero vencido por el cansancio de la lucha y la enfermedad solo logró acomodarse un poco buscando mi silueta.

Me senté en su cama, mientras apreciaba sobre ella las pañoletas y gorras coloridas que estaban perfectamente dispuestas y en orden arbitrario, su cabeza totalmente desnuda era el marco perfecto para que sus ojos pequeños y negros brillaran mucho más de lo acostumbrado, trataba de concentrarme en ellos y obviar en un ejercicio consciente de respeto, el aspecto de su rostro, el cual estaba dominado por el cáncer, el gran tumor había salido de su mandíbula, sin límites ni misericordia y tomaba cuenta de toda la superficie facial de la vieja mujer, que otrora fuese una fuente de elogios para aquella joven mujer bonita, genuina, natural y libre.

-Amalia, comencé a decirle... cuando fui interrumpida por el toque de su mano llena de cables y otros artefactos que ahora eran sus únicos accesorios, me agarró del brazo queriendo atajar la avalancha de palabras que vendrían a socorrerla de su posible tristeza y desilusión.

- ¿Espera Doctora, sabes? Estaba hoy recordando el día en que llegué a la casa del Padre Pedro, aquel día fue uno de los mejores días de mi vida, llevaba cerca de 20 días durmiendo mal, comiendo una sola vez al día, agua de panela, pan y queso, mis cuatro hijos pequeños me animaban, pero estaba rindiéndome, cuando apareció la oportunidad de trabajar para el cura, cuidando de la iglesia y de la casa cural, por fin tendría techo fijo y comida para mis niños. Ese fue un día inolvidable en mi vida.

Su testimonio me dejó inmóvil y muda, de nuevo esta mujer me sorprendía, su mente no la estaba ocupando en el resultado de la última semana de tratamiento anti-cáncer, había decidido concentrarse en sus mejores momentos, recurría conscientemente a sus buenos recuerdos y

apoyaba en ellos su lucha.

- ¡Mis hijas se marcharon hoy temprano, vuelven más tarde para quedarse conmigo toda la noche, son dos excelentes mujeres, fuertes, no se dejan echar vainas de nadie, no dependen de ningún hombre, gracias a Dios! Quería que estudiaran, que tuvieran una profesión, pero no me aguantó la fuerza para eso, pero son buenas y berracas, capaces de enfrentarse a la vida solas como su mamá, continuó diciendo.

La enfermera encargada de su cuidado esa noche, abrió sigilosamente la puerta y pidió permiso para revisar los signos vitales y administrarle los medicamentos que le correspondían en ese horario.

- ¿Doctora Analía, alguien ya le informó que tiene una valoración pendiente en la habitación 201?

-sí ya lo sé, antes de irme paso a ver ese paciente, respondí

-Vaya Doctora, interrumpió Amalia, yo estoy bien, hoy no me ha dolido nada, mañana te muestro una por una mis pañoletas y gorras, todas me las han regalado, yo como que soy querida en ese barrio, les hace falta Amalia, la cachaca, para que los anime, puntualizó, soltando una visceral carcajada, aunque ya no era la misma carcajada de la que muchos hombres se enamoraron.

Corrían los inicios de los años 70, las ciudades del interior del país se volvían más populosas y violentas, los campesinos eran obligados a salir de sus tierras por grupos armados de diferentes vertientes y denominaciones.

Es así como Amalia y su familia un día también abandonaron su terruño, buscando en la ciudad oportunidades de trabajo, educación y progreso. El núcleo familiar de Amalia era poco común para el prototipo que se manejaba en la época. Había sido criada por su abuelo materno, ella junto a sus dos hermanas mayores.

Su madre había muerto de "pleuresía", cuando ella tenía cinco años, sus abuelos fueron responsables por su cuidado desde entonces. Su abuela, Doña Lola, falleció de "un ataque al corazón", o como decían algunos en la vereda: "se le explotó el corazón por la gordura" cuando Amalia completó diez años.

Lola, era una mujer según la recuerda su nieta, muy gorda, con cara de niña, pero sombría y pesimista, confiaba en que, si moría "de un día para otro", se salvaría de un cataclismo mundial que se avecinaba en poco tiempo, al parecer, los ruegos fueron escuchados por las siete estatuas de diferentes santos, que estaban ubicados en la pequeña y polvorienta sala, en el altar fabricado por ella misma, con bloques de cemento y tablas de

madera.

Creía en agüeros con la misma vehemencia que rezaba rosarios y hacía novenas. No se podía alterar el número de las estatuas, siempre debían ser siete, ni una más, ni una menos.

En ese altar también colocaba las fotos de sus padres, junto con la de su hija Manuela que había fallecido según ella, de "sufrimiento" por la huida de su marido - padre de Amalia -con su amor furtivo -la prima Nora- hacia Venezuela, dejándola con sus tres hijas, sola en pleno enfrentamiento de guerrilleros con el ejército, en una de las veredas más inhóspitas del interior del país.

Es después de este anunciado hecho, vaticinado por Doña Lola, que Amalia llegó junto con sus hermanas y su madre a la casa de sus abuelos maternos, siendo este destino tal vez el menos apropiado, pero el único recurso para vivir, que esas cuatro mujeres en ese momento tenían.

Desde su llegada a esa casa, de paredes sucias y corroídas por la humedad, Amalia presintió que la tristeza la iba a acompañar buena parte de su vida, aunque con escasos años, sus hermanas mayores la habían alfabetizado y leía con cierta destreza, poco común para los niños campesinos de su edad. Gozaba del don de la alegría, su risa era estruendosa desde niña y fue su sello hasta el final de sus días.

Era voluntariosa y ágil para todos los oficios del campo, su abuela Lola se complacía en enseñarle nuevas recetas y así mantenía lejos a la niña de su madre enferma, que ya daba muestras de muy poca voluntad para mejorarse, constantemente le gritaba a Dios, para que "se la llevara" y acabara con su sufrimiento.

El abuelo era un ser taciturno, de escasas palabras, con ceño fruncido permanentemente, de modales groseros y actitudes violentas. Mataba a las gallinas y a los cerdos con sus propias manos, parecía disfrutar del lamento de los animales, era un hombre corpulento con dificultad para moverse (caminaba con bastón) debido a un dolor permanente en su espalda, que se acompañaba de un adormecimiento en las piernas, después de caerse de un caballo, hacía muchos años. Tomaba aguardiente artesanal todos los fines de semana y muchas noches no regresaba, lo que generaba tranquilidad en las mujeres que convivían con él, puesto que su permanencia producía más dolor y confrontación que paz, en especial para Manuela quien ya había sido valorada por la enfermera del pueblo vecino, dictaminado que "no había más nada que hacer con sus pulmones", porque todos estaban tomados por "la pleuresía".

Una mañana oscura, fría y lluviosa de octubre, Manuela fue escuchada y

su sufrimiento fue silenciado con la muerte.

Estaban solas con la abuela Lola. Amalia recordaría por el resto de sus días la imagen de esta inmensa mujer arrullando contra su abundante pecho el esquelético y pálido cuerpo de Manuela, a la vez que entre cantos de cuna le susurraba al cadáver que no tuviese miedo que para donde ella iba "no había noche" y pronto ellas se reunirían:

"vas a sentir que solo pasó un minuto, porque allá tampoco hay tiempo"

...

Así fue el primer encuentro de Amalia con la muerte, despidiendo a los cinco años a su madre Manuela, con el arrullo de su abuela Lola.

Sentada en la mecedora, con la vista fija en dos gallinazos que se postran en el balcón del edificio de enfrente, Amalia, hoy mi paciente me mira y exclama:

-Ojalá Doctora Analía, tenga yo quien me arrulle y cargue, en el momento que la huesuda llegue.

- ¡Si la vieja Lola no hubiese querido irse tan rápido, de puro miedo, yo no hubiese botado tanta lágrima en mi vida! Pero bueno, el día que llegue y me la encuentre sabré si es verdad que "allá" no hay noche ni tiempo...

Amalia no recuerda haber sentido tristeza por la muerte de su madre Manuela, no la lloró, su más próximo sentimiento fue la incomodidad, por cuenta de la obligada vestimenta negra que tuvo que usar por tres años, debido al proceso de luto y duelo que la Vieja Lola, les impuso a sus nietas.

El luto acompañó a Lola todos sus siguientes días, después que despidiera arrullando contra su pecho a su última y temperamental hija, la cual "siempre hizo lo que quiso".

Amalia sentía miedo del abuelo "Mendoza" ese era su apellido y por este nombre fue conocido en la vereda y en el mercado del pueblo.

Su voz le causaba un temor avasallador, cuando sentía su bastón golpeando el piso y tropezando con muebles que le estorbaban a su paso, la pequeña niña se escondía debajo de la mesa de la cocina, cubierta con un mantel florido de tela, largo, la cual sostenía la tinaja con agua. Aún recuerda como en alguna ocasión sus orines llegaron a mojar los pies del temido viejo, mientras este se servía un poco de agua.

Afortunadamente ni siquiera en esa ocasión, Mendoza se percató de que ese era el escondite predilecto de su nieta.

Era tan temido como misterioso, Lola jamás pudo preguntar porque demoraba tanto en el pueblo, ¿donde dormía cuando no lo hacía en su casa?, ¿con quienes departía en las rutinarias y extensas ausencias?

Elisa y Miriam, las hermanas de Amalia, también le temían, las dos adolescentes famélicas, parecían gemelas, no obstante, habían ocupado el mismo útero con una diferencia en tiempo de 22 meses, hablaban al unísono y tenían la fastidiosa costumbre de una completar la frase de la otra como si existiera entre ellas un código único de lenguaje.

Amalia siempre fue ignorada por este dúo que más que protección y cuidados, le aportaban tareas cargadas de extrema complejidad, para su edad. Comprendió desde pequeña, que en la vida solo contaba con la vieja Lola, sus siete estatuas de santos y la pálida foto de Manuela; su madre muerta.

Las adolescentes Elisa y Miriam Forero, asistían a la escuela improvisada de costura que existía en el pueblo vecino, iban dos tardes de cada semana, para aprender el oficio que podía permitirles mantenerse sin depender de un marido. Lola ya presentía que esas nietas no gozarían de las mieles del amor, puesto que la falta de gracia física era solo prolongación de sus espíritus desabridos.

Diferente suerte profetizaba para Amalia, a quien le repetía que hiciera caso a las órdenes de sus hermanas y realizara sin remilgos todos los oficios encomendados, porque seguramente el tiempo para el ocio iba a sobrar; estaba convencida que su nieta, siendo bonita tenía el futuro asegurado, puesto que los hombres escogen primero por lo que ven y confirman por lo que comen, por eso el desespero de la vieja por enseñarle a su nieta, las más suculentas y exitosas recetas.

En realidad, fue una carrera contra el tiempo, en cinco años Lola se dedicó a consentir y educar a Amalia, para la vida tan próspera que le esperaba a su nieta, convencida de acertar en los pronósticos futuristas que arbitrariamente siempre hacía de cuanta persona conocía.

Mientras tanto las lánguidas Miriam y Elisa se esforzaban por hacer cada vez mejor los patrones de papel de camisas, pantalones, vestidos, ajuares de bautizo y demás prendas solicitadas en el día a día de cualquier sociedad; en la vieja casona de Josefa la modista del pueblo, quien esporádicamente, bajo un parámetro de selección arbitrario, aceptaba enseñar su arte a algunas jovencitas.

-La vieja Lola se equivocó de cabo a rabo!, en sus vaticinios con sus

nietas. Si resucitara se moría de nuevo, cuando descubriera que no acertó ni mierda!, sentenció Amalia, soltando una sonora carcajada.

Capítulo 2

CAPITULO II

EL DESPERTAR

Augusto era un hombre noble, trabajador, silencioso, de respuestas cortas, de andar pausado, con una gran fuerza física. Alto, fornido, de piernas y brazos largos, conocía y ejercía muy bien el arte de la albañilería, de un gusto refinado a la hora de construir y hacer retoques en las casas para las cuales era contratado, diseñaba cocinas y baños, con el más alto padrón de calidad, era notoriamente exigente con él y con el grupo de obreros con quienes debía compartir en el trabajo.

Había llegado a la ciudad, con la esperanza de que el tío Mendoza le diera albergue en su casa por lo menos unos días hasta conseguir un trabajo que le permitiera sostenerse, no llevaba más pertenencias que dos pantalones de dril de color marrón claro, raídos por el uso, tres camisas, unos cuantos pantaloncillos y un solo par de zapatos, con las suelas desgastadas, que tenían más de una remontada improvisada, hecha por su dueño.

Así se presentó Augusto a la casa del tío Mendoza, quien era el hermano mayor de su madre Fabiola, al que recordaba haberlo visitado en dos ocasiones cuando era un niño aún. Traía en su bolsillo la única herencia que su madre recién fallecida le había dejado, una carta escrita con extremo cuidado, con una caligrafía artísticamente fina y perfecta ortografía, en la que le pedía a su distante hermano le ayudara en todo lo que pudiera a su único hijo, asegurándole que éste jamás traicionaría su confianza y por el contrario sería un apoyo seguro para sus avanzados años. Relataba en su escrito que su hijo era un muchacho honesto, trabajador, conocedor de las labores del campo y en los últimos diez años había desempeñado la albañilería, oficio aprendido desde la adolescencia.

Tenía Augusto veinticuatro años, cuando pisó en la puerta de la casa del viejo Mendoza, con un pequeño morral negro de tela al hombro y limpiamente vestido.

Amalia siempre recordaría esa primera vez que lo vio, le pareció muy atractivo y su olor a colonia inundaba la terraza polvorienta de la desmagajada casa, solo pasaron unos pocos segundos en silencio los dos, cuando él en un esfuerzo monumental pero fallido para no gaguear, pudo preguntar si ahí vivía el señor Nicodemo Mendoza.

Amalia no contuvo la risa, ésta vez acompañada de un nerviosismo inusitado en ella, cuando el joven pronunció el nombre completo de su abuelo, era la primera vez que lo escuchaba, aunque ya sabía de su existencia, porque su costumbre de revisar los papeles y las fotos que el viejo guardaba en dos cajas de camisas, le había permitido saberlo.

Al hombre en la puerta, le pareció eterna la carcajada de la jovencita, inquietándose al pensar que se debiera tal vez a la tartamudez que a él lo agobiaba desde su adolescencia.

-Sí, aquí vive, ¿quién lo busca? Respondió Amalia

- Dígale que lo busca Augusto López Mendoza, su sobrino, el hijo de su hermana que en paz descansa.

Dijo todo de una sola vez, sin comas y sin pausas, queriendo esconder así la dificultad lingüística que le aquejaba.

Amalia recordó que Fabiola, fue la hermana menor de Mendoza, la misma que aparecía "como alma en pena", como acostumbraba a llamarla Lola, con juguetes artesanales fabricados por ella misma, como regalos para sus sobrinas. Rememoraba aún las muñequitas que le eran dadas por la risueña tía, hechas de tela, con caritas muy pequeñas, hechas a partir de cáscaras de huevos, pintadas con lápices de colores y tinta china, desplegando un gran ingenio, también les llevaba soldaditos hechos de barro, moldeados cuidadosamente por las manos creativas de esta campesina, de fino trato y buenas maneras.

Fabiola, desde muy pequeña fue a la escuela de la Maestra Ana, una monja frustrada, que enseñaba en el patio de su casa a las niñas del pueblo, cobraba por sus servicios un valor poco accesible para la gran mayoría de las familias del lugar. La niña contó con la ventura de ser recibida sin pago alguno, por ser la hija de su lavandera, quien, a cambio de semejante benevolencia, realizaba otros servicios, como el aseo completo del patio, sitio de la casa en donde funcionaba la escuela.

Fue una alumna sobresaliente, la señorita Ana veía en ella una futura maestra, se destacó en las artes y en literatura, le gustaban las palabras y parecía que dibujaba cada letra, encantando con la impecabilidad de su caligrafía.

Cuando Amalia se disponía a avisarle a su abuelo, Mendoza salió a ver lo que sucedía en la puerta, su olfato privilegiado detectó el olor a perfume masculino de buena procedencia que traía el peregrino, la fragancia era parte del pago por trabajos de remodelación, que Augusto había realizado en la casa finca de una hacendada venida a menos, en su pueblo natal.

El viejo, reconoció en la cara del viajero, las huellas genéticas del desgraciado de Hernán Osorio, el comerciante cuarentón que había engatusado a su ingenua hermana Fabiola, siendo apenas una adolescente, dejándola embarazada y negándose a asumir la paternidad del nuevo vástago. Aún el Viejo recordaba la herida que le hizo a ese infeliz en la cara con su machete, no pudo matarlo ese día y tiempo después algún otro campesino burlado en su honor o estafado en un negocio por este hombre, hizo lo propio en medio de la impunidad eterna, jamás se supo quién fue, Mendoza siempre dijo que esa noche él durmió con Lola.

-A la orden? Exclamó Mendoza desde el centro de la sala, arrastrando sus pasos.

- Lo busca su sobrino, el hijo de mi tía Fabiola, dijo Amalia

- Eso escuché, que pase!

Augusto agilizó los pasos y se aproximó al viejo lo suficiente para extenderle la mano, el desconocido tío respondió su saludo cálido y nervioso con la frialdad y distancia que le caracterizaba.

El rostro de Mendoza, no reflejaba emociones, jamás Reía, había decidido desde su infancia, que si los hombres no podían llorar, tampoco deberían reír, sino se le permitía el llanto, él no permitiría la risa.

Las manos de Augusto estaban llenas de callosidades y cicatrices, ganadas en su trabajo en el campo y como albañil desde niño, era más de una década manipulando herramientas, matas, espinas, arena, cemento, vidrio, escombros, tejas y latones. Sus manos contaban una historia de trabajo duro, para poder mantenerse él y a su madre - enferma de artritis desde muy joven-. Carecía de huellas dactilares en algunos dedos, situación particular que sólo descubrió cuando fue a diligenciar la expedición de su documento de identidad a los dieciocho años.

Augusto sacó de su bolsillo una bolsa pequeña de plástico, en su interior había una carta con sobre a nombre del Señor Nicodemo Mendoza, se la entregó al viejo diciéndole que se la enviaba su madre Fabiola, la había escrito antes de morir.

El viejo le pidió a Amalia, que la leyera, porque sus ojos ya no conseguían

ver letras pequeñas.

Su nieta obedeció, leyéndola fluidamente, casi acompañando la misma mística con que fue escrita y a medida que avanzaba en su lectura sus ojos pequeños, vivaces y de color café, se llenaban de ternura infinita y lágrimas consecuentes.

-Niña, ¿vas a leer o vas a llorar? interrumpió con un grito Mendoza, la retahíla de su nieta, mientras el visitante observaba impávido la escena.

Al terminar de leerla, la pequeña sala se inundó de un sempiterno silencio, en donde casi se escuchaba el sonido que hacían las gotas de sudor que corrían por las palmas de las manos de Augusto, en espera de una respuesta al pedido de la difunta.

-Quédese!, dijo Mendoza toscamente, sin dar aclaraciones ni colocar condiciones.

Augusto solo consiguió agradecer, haciendo una pequeña mueca y sin pronunciar palabras, en medio del estado de inquietud que tenía.

Con su ojo de albañil, consiguió observar rápidamente que la casa solo tenía una sala, un cuarto y una cocineta dentro de ella, con pisos de cemento blanco que semejaban baldosas. El cuarto no tenía puerta, una cortina de tela gruesa, de flores grandes y coloridas custodiaba la intimidad de las tres muchachas que dormían en él.

La sala tenía un sofá tapizado de material plástico marrón, con algunos resortes que salían a la superficie y eran escondidos debajo de tapetes de lana tejidos por las "gemelas", en colores fuertes y combinados. Acompañándolo estaban dos butacas en el mismo material, con brazos anchos de madera y una mesa al lado de la ventana que tenía los santos y las fotos de los difuntos de Lola, en el centro de la mesa estaba una foto en blanco y negro, de cuando Lola cumplió veinte años y encima de ella había un rosario que le había pertenecido.

El comedor estaba conformado por una mesa de madera larga y angosta, siempre cubierta con un mantel tejido en crochet, de color blanco, ubicada en el corredor afuera de la casa, complementado con sillas de metal de colores diversos.

En el patio había un baño, que no era más que una estructura con cuatro paredes cortas, sin techo, con una puerta de latón y piso de cemento rojo, en un rincón estaban dos latas que originalmente traían en su interior aceite para cocinar, pero que ahora eran utilizadas como reservorio de agua, para el aseo diario de la familia.

En el fondo del patio estaba la letrina, en un pequeño cuarto, no más grande que el utilizado para la ducha.

Esa primera noche de Augusto en la casa, fue amenizada por la amabilidad de Amalia, la quinceañera prima se esmeró porque el recién llegado se sintiera bienvenido, le propuso juntar las dos butacas y colocar en el medio de ellas, la mesa de centro, para alargar la improvisada cama y lograr así que correspondiera con la estatura del huésped. Colocó varias colchas de lana tejidas por sus hermanas, tratando de elaborar un colchón y encima de ellas arregló varias sábanas de tela y una almohada suave para que Augusto tuviese un descanso adecuado.

Parecía, que en ese familiar espacio, no había cabida para un huésped y menos si era un varón, puesto que en el cuarto dormían las tres jóvenes hermanas y en la sala el viejo Mendoza acomodaba su cama de lienzo, que era una armazón de cuatro patas de madera con una extensa tela blanca y gruesa cocida a los linderos, que se cerraba a manera de tijeras.

Amalia le dijo a Augusto, que ella le podía prestar su colchón porque sus hermanas eran tan flacas que las tres podían dormir en la cama doble de las "gemelas", a lo que el tímido muchacho le dijo que no, no quería de ninguna forma incomodarlas.

Estaba próxima Amalia, a cumplir sus dieciséis años y aún ningún hombre había reposado sus labios en los de ella, seguidora de telenovelas, siempre acostumbraba perderse al final de las tardes para ver en el gran televisor a blanco y negro de la señora Carmen, la "señorita Helena" su novela preferida, en donde el galán daba a la protagonista los más apasionados besos.

Amalia muchas veces en la noche cuando sus hermanas dormían, cerraba los ojos e imaginaba que un hombre tal cual, como el galán de la telenovela, la besaba y le decía que la amaba, con voz seductora y varonil.

Una de esas noches, contando con la presencia inquietante para ella de Augusto, además de imaginar que un irreal hombre la besaba, se atrevió a levantarse, apartó un poco la cortina del pequeño cuarto, lo suficiente para mirar el torso desnudo, la espalda marcada por músculos y los brazos fuertes de su primo, quien dormía medio envuelto en la sabana azul celeste, dejando ver parte de sus piernas largas y musculosas.

A partir de ese día, Amalia vigiló sin parar las noches de Augusto, quien se levantaba con la aurora y regresaba cuando la noche comenzaba, siempre trayendo comestibles, comprados en el mercado donde había conseguido trabajo como cargador de bultos.

-Doctora Analía, como me gustaba ese hombre, era bello el condenado, tan bonito que hasta la gaguera le lucía, no veía la hora de besarlo y pegarle una buena agarrada, yo me daba mis mañas, pasé a levantarme más temprano que él y el resto de la gente, aunque el viejo Mendoza siempre estaba pendiente, me bañaba con la puerta entreabierta, a ver si ese man se motivaba y se me metía un día al baño, pero que va, ese hombre era tan tímido, que volteaba la cara y la enterraba en el piso como la morrocoya, cuando yo, sin que mi abuelo se diera cuenta, me pavoneaba envuelta en la toalla más pequeña que encontraba, completamente desnuda por dentro de ella.

No fue sino hasta una mañana de domingo, en que Augusto no tenía trabajo en el mercado y que sus hermanas Elisa y Miriam, salieron para asistir a la misa de las 7 am y el viejo Mendoza decidió ir a dar una vuelta por la plaza vecina, que Amalia pudo por fin concretar su deseo de seducir a su primo.

Augusto sentado en una de las butacas que hacían parte de su improvisada cama, leyendo un periódico viejo de los que traía de su trabajo, estaba inmerso en las noticias de las páginas judiciales, sin saber por qué, le gustaba leer sobre crímenes ocurridos en la ciudad y sus alrededores.

Amalia lo observaba, planeando la forma de acercarse a él, sin que huyera. De repente tomó un trapeador, preparó agua en un balde con desinfectante con olor a limón y citronela, encendió la radio y al son de músicas de Pastor López, La Billo Caracas Boys y otros ritmos populares de la época, daba trapeadas, procurando mover sus caderas y agacharse de tal manera que sus prominentes nalgas se salieran de los estrechos "shorts" que acostumbraba usar, la sala resultaba un escenario totalmente estrecho ante el despliegue de sensualidad de la adolescente.

El hombre no la veía, parecía que su prima era invisible para él, no levantaba la mirada del periódico y a cada paso del trapero sólo levantaba los pies y las piernas de manera automática.

Amalia no iba a desistir de su objetivo, así que decidió ser completamente directa, bajó con una sola mano el periódico y le preguntó si él sabía bailar, su tímido primo le respondió que soltaba algunos pasos de vez en cuando, pero que hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Esa fue la oportunidad de Amalia para tomarlo de la mano y halar el fuerte y vigoroso brazo del hombre, lo levantó de su aposento y le acomodó sus brazos alrededor de la cintura de ella. No sabe cómo ni en qué momento, el beso más apasionado y tierno que recuerda en toda su vida, llegó, no solo a su boca sino a su alma.

-Ese man besaba muy rico, fueron los mejores besos que me han dado, aunque no he besado tanto sapo, puntualizó Amalia soltando su acostumbrada carcajada sonora y amplia.

A Augusto me lo conquisté, aunque él era 9 años mayor, era yo la que inventaba y le proponía las escapadas, él muchas veces se colocaba más gago que de costumbre. En la noche lo esperaba y cuando todos dormían, con el viejo Mendoza roncando al lado, me metía en la camita de resorte que él había podido comprar y por debajo de las sábanas comenzaba a acariciarlo, despacio, pero con ganas y con maña iba colocando sus manos sobre mis pechos. Me emocionaba escucharle el corazón, que se agitaba mientras yo le hacía caricias. Una vez, ya con nuestras hijas nacidas me dijo que la "taquicardia" no era de "arrechera" sino de susto, que de vaina no "se cagó".

La colonia de Augusto se había convertido en el señuelo del par de enamorados, para tener sus arriesgados y apasionantes encuentros en la mesa del comedor ubicada en el corredor de la vieja casa, los dos astutos habían descubierto que el Viejo Mendoza se hipnotizaba con los buenos olores, durmiendo plácidamente sin inmutarse y sin despertar siquiera, ante el ruido más estruendoso.

A las gemelas, Amalia les preparaba una pócima con toronjil, cidrón y yerbabuena, se las daba a tomar para que "descansaran muy bien" de todo un día de trabajo, sentadas en una máquina de coser, en la empresa de confección de ropas infantiles donde trabajaban.

Dormidos los tres guardianes, el par de amantes disfrutaban de lo suyo, descubriéndose a la luz de la luna, desnudos, con deseos de tenerse mutuamente una y otra vez. La sensualidad e impetuosidad de Amalia, encajaba perfectamente con la timidez, ternura, fuerza y vigorosidad que Augusto desplegaba cada noche furtiva, era un aventajado por la naturaleza en su virilidad y correspondía muy bien a los deseos de su pasional mujer, dejándola completamente extenuada y feliz.

-Mi primera vez fue con Augusto, claro, lo convencí de que era el momento, fue en la cama doble de las gemelas, esas vergajas ahí me pagaron un poco de las que me hacían, me acuerdo que fue al medio día de un martes del mes octubre, estaba sola, Mendoza había salido a llevar unos manteles tejidos, que Elisa y Miriam fabricaban por encomienda. Augusto regresó a la casa para recostarse un rato y pasar la fiebre, estaba resfriado, no sabiendo que lo que le venía era "más calentura", ay doctora, a mi ese día ese hombre me cogió con todo y mocos, finalizó Amalia a la vez que se reía recordando el episodio.

Fueron muchas las noches de pasión desbordada, de sudores y brisas, que enmarcaron las largas conversaciones que Amalia sostenía con Augusto. La adolescente pretendía descubrir a través de lo que parecía muchas

veces un interrogatorio, quién era su hombre. Fue de esa forma, sacando una palabra detrás de la otra, hurgando en la maleta de recuerdos de él, que la audaz jovencita consiguió unir los pedazos de una historia contada en sílabas...

Recordaba como Augusto, contó que él, con diez años parecía todo un adolescente, su estatura y su peso lo hacían semejante a un chico de unos dieciséis años. A los doce años ya era bastante conocido en el gremio de la construcción del pueblo, como un diligente jovencito.

Aprendió muy rápido el oficio de armar un caprichoso y fino piso, colocando baldosa a baldosa, tratando de armar figuras inimitables, con los arabescos que algunas traían pintados.

Vivía sólo con su mamá, en una pequeña casa rural en las afueras del pueblo, nunca había tenido una figura paterna y a la infrecuente pregunta de quién era su padre, recibía la misma respuesta una y otra vez por parte de su madre.

Fabiola, contundentemente y sin espacio a argumentos, le recordaba que ella era Padre y Madre para él, debiendo esto bastarle, porque, aunque enferma, jamás dejó de cuidarlo y protegerlo.

Cuando Augusto completó trece años, en medio de una riña con uno de los obreros, habiendo tomado sus primeros aguardientes, que el maestro de obra le brindó -ignorando su edad- descubrió, gracias a los gritos enfurecidos del borracho a quien él golpeaba, quien era su padre.

- ¡Malparido bastardo, tienes la misma sangre que el desgraciado hijo de puta del Hernán Osorio!

Este hombre era el comerciante más odiado en el pueblo, por cuenta de su ambición y suerte con los negocios, había dejado a más de veinte familias sin casa, todas ellas pasando a ser de su propiedad. No tenía hijos, atendía él mismo junto con su esposa el granero que abarcaba una cuadra entera en la plaza.

Augusto muchas veces había ido a comprar allí, recordó inmediatamente, el día en que la mujer que atendía su pedido le preguntó muchas cosas, entre otras, el nombre de su padre.

Esa noche, el muchacho llegó borracho a su pequeña casa, y encarando a Fabiola, le preguntó si la noticia recién recibida era cierta, porque en caso de no serla, acabaría a puños al cobarde que irrespetó a su madre.

Fabiola en medio de lágrimas entendió que ya no podía callar más y en un ejercicio genuino de amor y honestidad, narró cómo fue que el más famoso usurero del pueblo la sedujo y la engañó. No se guardó nada, todo

lo dijo, sin temor ni pudor, su muchacho necesitaba conocer su historia, pues estaba convencida después de ver los ojos de Augusto que estaba frente a un hombre madurado a la carrera, por las responsabilidades que encaraba, el oficio que realizaba y las personas con las que compartía a diario. Todo esto lo introducía en un mundo de adultos y de libertad poco conveniente para un adolescente.

El joven, sólo pensaba en encontrarse de frente con Hernán Osorio y de hombre a hombre reclamar la honra de su madre, las lágrimas y la tristeza permanentes en ella, que para él habían sido las causantes de la artritis de Fabiola.

Pero Augusto no todo lo contó, le dijo a Amalia que era tartamudo desde los catorce años, que se despertó exactamente un 3 de abril, día de su aniversario, pronunciando todas las palabras fraccionadas, teniendo que hacer un esfuerzo para iniciarlas y continuarlas. Pensó que pasaría en unos cuantos días, pero así no sucedió y su dificultad con el lenguaje solo empeoró con los años, convirtiéndose así en un hombre de largos silencios.

Jamás confesó a alguien, su más guardado secreto.

Era un viernes santo, al día siguiente Augusto cumpliría catorce años, el cielo estaba cubierto de nubes negras y desde tempranas horas de la tarde oscureció, caían algunas gotas de lluvia anunciando que un fuerte aguacero se aproximaba. Había pasado tres veces por el granero, en el frente, sentados en bancas de cemento rojas, se encontraban varios hombres tomando aguardiente, se ubicó a un lado de la entrada, cerca de la puerta lateral izquierda del negocio que vigilaba desde hacía casi un año. Por esa puerta siempre salía Hernán – su dueño - todas las noches, después de contar todo el dinero que producía diariamente y dejar organizado y limpio el local, jamás lo hacía antes de las diez de la noche y los fines de semana salía mucho más tarde.

El joven albañil, le pidió a las ánimas del purgatorio, que le permitieran volverse invisible por un rato y que todos los clientes se marcharan para el otro lado de la plaza a escuchar el sermón de las siete palabras del padre Froilán. Las ánimas lo escucharon, la cuadra en donde estaba ubicado el granero quedó inmersa en una soledad pasmosa, todos se habían ido a observar la salida de la procesión del santo sepulcro. Se escucharon los primeros acordes indicando que el desfile religioso iniciaba y Augusto escondido a un lado de la puerta, cubierta por un gran árbol de almendro, conseguía oír los pasos de Hernán, su corazón se aceleraba, con la misma velocidad que la vaina del cuchillo filoso que llevaba en su bolsillo, se asomaba.

Por fin se abrió la puerta, el decidido y nervioso muchacho se le abalanzó al cincuentón y barrigudo Hernán, enterrando sin dudarle, con furia y

fuerza el cuchillo en el pecho del hombre, hasta que solo sobraba la empuñadura de madera, una y otra vez, completando catorce puñaladas, una por cada año que había pasado sin padre, diciéndole cuando lo tenía vencido en el piso y mirándolo fijamente a los ojos, que se las había ganado por "hijueputa", por haberle destruido la vida a su madre.

Augusto estaba enteramente bañado en una mezcla de sudor y sangre, el olor que emanaba a carne fresca, lo hizo vomitar varias veces, en el camino de vuelta a casa. Entró por el pequeño portón del patio y se dirigió hasta la alberca, tomando un baño con la ropa ensangrentada encima, sin preocuparse si alguien lo observaba, solo quería quitarse la sangre que traía pegada en su ropa y en su piel, tratando de eliminar así todo vínculo con su víctima.

No sintió remordimiento ese día, lo único que experimentaba era desazón, porque alguien lo hubiese visto y le informara a la policía y ésta llegara por él en cualquier momento.

Sentía que ahora sí era un hombre de verdad. Se había vengado de tantos años de sufrimiento y frustraciones. Augusto se sentía poderoso. Después del baño y habiéndose quitado las ropas húmedas, las colocó en un saco de fique y les prendió fuego, así desapareció el rastro de sangre de Hernán Osorio sobre su vida.

Durmió plácidamente, sin perturbaciones, levantándose unas horas más tarde, con una tremenda dificultad para hablar. Necesitando hacer un gran esfuerzo para articular las palabras y decirlas, se desesperó al ver que la rapidez con la que pensaba, no era coherente con la tardanza, con la que ahora hablaba.

Augusto no demoró para entender que, a partir de ese viernes santo, él jamás volvió a hablar sin gaguear.